

# DARBY

## TRILOGÍA COMPLETA DE PERICOYPICO

### Capítulo I.- Iván

- ¡Por última vez! ¿Qué ocurrió en la isla?

Iván respondía lloriqueando y con su gesticulación amanerada al duro interrogatorio de aquella mujer dura, impasible, ruda, casi cruel.

- Ya se lo he dicho todo. ¡Por favor, déjeme en paz!
- Pues vas a contármelo todo otra vez ¡desde el principio! – inquirió Arántzazu apoyando las

manos sobre la mesa e inclinando el cuerpo hasta dejar su cara de enfado a escasos centímetros de un cabizbajo Iván, que seguía lloroso por la presión del interrogatorio. —

Iván era un chico jovencito y menudo, quizá demasiado para sus casi diecinueve años, de pelo castaño, más bien marrón, piel clara y unos intensos ojos verdes que delataban su estado de ánimo en cada momento. En el instante de comenzar su relato estaban enrojecidos por tanto llorar.

- Llevo sólo unos cuantos meses en la isla.

- ¡¿Cuántos?!
- Ni siquiera lo sé ¿¡Vale!? El tiempo pasa de una forma distinta en ese sitio. A veces parece detenerse y otras, ir mucho más deprisa de lo normal.
- ¡Continúa! ¿Cómo llegaste a la isla?
- Al cumplir los dieciocho me escapé de casa y me raptaron. Entré a un bar de ambiente bastante sórdido y nada más salir alguien me tapó nariz y boca con un pañuelo que olía raro, como a lejía y ya no recuerdo nada más hasta despertar en la isla.

- Usas un vocabulario extraño para un chico de tu edad. ¿Dónde vivías y por qué te escapaste de casa?
  
- En Huesca. Mis padres eran...son del Opus Dei. ¿Puede decirme si siguen vivos, si están bien?
  
- No lo sé, pero lo investigaré. – Arántzazu comenzó a dar vueltas en contrasentido al reloj alrededor de Iván, despacio, probablemente para ponerle más nervioso, aún. – Continúa, ¿por qué te escapaste de casa?

Iván se levantó el suéter que llevaba, dejando ver unas tremendas cicatrices en su espalda.

- Por esto, y por algunas cosas más.
- ¿Pretendes darme lástima?
- No. Sólo quiero que se entere de una vez por todas de que yo no sé qué pasó en la isla y me deje en paz de una vez. – Era la primera vez que el tono de Iván cambiaba, ya no era de lloriqueo de niño pequeño sino de ira contenida, aunque su mirada furibunda dejaba en nada la contención de esa ira. –
- ¡Vaya, el gatito saca las uñas! – irónica – Si quieres que esto termine, ¡dime la verdad de una puñetera vez! – gritándole, de nuevo inclinada sobre él en actitud amenazante –

- Entonces déjeme contarle a mi manera. – Esta vez sosteniéndole la mirada fijamente y con un asombroso y desconcertante tono sereno, casi desafiante –

Arántzazu no se esperaba aquella reacción, pero no quería que Iván se percatase y decidió aflojar un poco la presión a la que estaba sometiendo al muchacho.

- Bien, continúa, por favor – algo irónica –
- Mis padres son muy estrictos, tanto o más que su religión. No está bien visto expresar las emociones, ninguna. Creo que ni siquiera está bien visto tenerlas. Todo es pecado y ser

homosexual, como yo, tentación del maligno y culpa de unos padres que no han sabido educar en el camino de rectitud que exige la gran obra.

- ¿Por eso empezaron a pegarte?
- Mi madre sospechaba algo y me engañó. Me dijo que se iba a comprar y a misa y ni siquiera salió de casa. Cuando oí el ruido de la puerta desde mi cuarto, aproveché para masturbarme como haría cualquier chico de quince años.
- ¿Y...? – ansiosa por conocer el desenlace –
- Me pilló desnudo, masturbándome y con dos dedos metidos en el culo. ¿Contenta?
- ¿Qué hizo tu madre?

- Me agarró por el pelo, me arrastró por el pasillo y me tiró por las escaleras mientras me insultaba llamándome “maricón de mierda” y llamaba a gritos a mi padre para que se quitara el cinturón y rematara la faena.

Arántzazu intentaba en vano disimular una expresión de satisfacción cuando al terminar de escuchar el relato le dijo:

- En tu caso, llamarte “maricón” no es un insulto sino, más bien, una definición y más después de encontrarte de esa guisa. ¿Alguna vez has pensado en lo que tuvo que suponer para tu madre descubrir que estaba en lo cierto?

- Ya veo que le parece poco lo que me hicieron, señora inspectora – masticó Iván a medio camino entre el odio y la sorna –
  
- Bueno, no tengo todo el día para ti. Eso pasó cuando tenías quince años y llegaste a la isla con dieciocho...
  
- Los tres peores años de mi vida. Los mejores meses de mi existencia, hasta que pasó lo que pasó. – Le interrumpió – Mi padre me arrastró a la prelatura, suplicando ayuda para que me “arreglaran” ¡Ni que yo fuera un electrodoméstico averiado! Me humillaron y me expusieron, desnudo, ante el resto de los numerarios varones, jóvenes, como una

aberración satánica. Les preguntaban en voz alta si querían acostarse conmigo y que yo fuera su concubina. Les decían que no pasa nada por ser tentados, que lo malo era caer en la tentación y convertirse en una bestia inmundada, como yo, que no sabe dominar sus bajas pasiones. Si se veían tentados, la solución era rezar y confesarse. Después me obligaban a tumbarme boca abajo con los brazos en cruz en mitad de la sala, confesar mis pecados y rezar el Credo.

- Según lo veo yo, no es tan malo. Intentaban ayudarte con la solución que provee su religión.
- Esa solución incluía autoflagelarme en público para expiar mis culpas. Si me negaba, me

azotaban con una fusta mientras el resto entonaba cánticos bíblicos en lenguas muertas, como si fuera un exorcismo y yo un endemoniado.

- Vale, y te escapaste al cumplir los dieciocho años.
- Sí. Me escapé de casa a medianoche para asegurarme de que ya tenía dieciocho años y no podrían obligarme a volver.
- Eso no funciona así. – Medio riéndose –
- De todas formas, no creo que se molestaran en buscarme. Esa gente estaba deseando perderme de vista...y yo a ellos.

- ¿Esa gente?
- Dejé de considerarlos familia cuando dejaron de considerarme persona.
- ¿Entonces, por qué preguntas por ellos?
- Mera curiosidad. Llevo meses aislado. –  
Tanteando a Arántzazu –
- Volvamos al momento en el que llegas a la isla.
- Aquella noche, cuando me escapé, acabé subiendo a un camión en una gasolinera. No sé si el camionero esperaba algún tipo de favor por llevarme en su cabina, pero yo no estaba como para fantasías sexuales en aquel momento. Fingí dormir y en cuanto paramos en otra gasolinera

con área de descanso, esta vez a dormir, aproveché un momento que el camionero fue al baño para escaparme.

- ¿No querías ser de un hombre? No tiene mucho sentido que huyeras, la verdad.
- Del hombre que yo escoja. No del primero que se presente. Además, me recordaba demasiado a mi padre, y de ese ya había sido una propiedad prescindible durante mucho tiempo, demasiado tiempo.
- ¿Qué más pasó?
- Entré en lo que parecía ser un club de carretera.
- ¿Un puticlub? ¡Jajajajajaja! – rio ufana –

- Sí. Pensé que allí estaría a salvo y nadie querría hacerle nada a alguien como yo.
- ¡Jajajajaja...! – rio de nuevo – ¿por ser maricón? ¿y qué les impediría ponerte a trabajar como otra de sus chicas? A fin de cuentas, es lo que todos los maricas deseáis en la vida, ¿no?; ser la puta de algún hombre de verdad.

Iván escudriñó a Arántzazu antes de responder. Le hizo una radiografía con su mirada al alma de aquella mujer, si es que la tenía.

- Odia con todas sus fuerzas a la gente como yo, ¿verdad? Seguro que hay algo personal detrás de

tanto rencor y amargura – finalizó la sentencia destilando desdén y cierto asco por su interlocutora –

- No, querido. – Irónica y levemente alterada – Sólo detesto a los sospechosos de asesinato y tú eres uno de ellos – clavando los puñales de sus ojos negros, vacíos de cualquier emoción positiva o compasión, en los verdes vítreos de Iván, quien suspiró levemente antes de continuar. –
  
- Pensé en trabajar allí...cuando vi al camarero. Aquel tugurio estaba dividido en dos ambientes: una especie de club para intercambio de parejas, todos con todos, con poca iluminación. En el

centro, el bar con un camarero y una camarera.

Me acerqué al camarero, era un chico como de veintimuchos años con chaleco, slip y botas altas de cuero negro y un sombrero vaquero, con un abridor dorado colgando de una cadena de perro, también dorada.

- No necesito ese nivel de detalle.
- (Enfadado, pero guardando las formas) Hasta el más pequeño detalle es importante. Le pregunté si había habitaciones para pasar la noche. Se me quedó mirando fijamente y me preguntó si era nuevo y con quién estaba. Al decirle que no entendía lo que me quería decir, sonrió y me preguntó si sabía bailar haciendo un gesto con la

cabeza para que mirara a otro lado mientras seguía secando vasos. Me giré para ver lo que me indicaba y había varios hombres y varias mujeres bailando casi desnudos sobre unas pequeñas tarimas y a un montón de hombres y algunas mujeres muy elegantes meter billetes grandes entre la lencería de quienes bailaban. Era un club para los vicios de los ricachones de aquel lugar.

- ¿Cómo de aquel lugar? ¿No sabes qué ciudad era?
  
- Ya le he dicho que me hice el dormido en el camión. No sé cuánto tiempo estuvimos en marcha ni a qué velocidad. Sólo sé que estábamos cerca del mar porque el aire era

húmedo y la temperatura mucho más suave que en casa.

- Vale, ¿puedes abreviar, por favor?

Iván contempló unos segundos a Arántzazu; no era para menos, por primera vez pedía algo por favor sin ironía. Prosiguió con su historia:

- Le dije al camarero que no sabía bailar pero que podía ayudarlo a poner copas. Necesitaba desesperadamente un sitio donde pasar la noche. Me miró a los ojos, luego de arriba abajo y luego otra vez a los ojos. Entonces me preguntó mi edad y le respondí dieciocho. No pareció muy

conforme con la respuesta y preguntó, con bastante sorna, ¿desde cuándo? Le miré fijamente y le dije la verdad: - “Desde medianoche”

- ¿Y...? – interrumpió Arántzazu, esta vez como si estuviera pendiente del momento cumbre de un serial de televisión. –
- Soltó un bufido a medio camino entre un suspiro y una risotada contenida y me dijo que volviera a casa con mis papis. Le respondí que si volvía me matarían y no estaba exagerando. Sólo necesitaba un sitio donde pasar la noche antes de seguir mi camino, fuera el que fuera. Me dijo que apenas quedaba noche y que a las ocho de la

mañana cerraban. Las habitaciones sólo son para huéspedes que suben por unas horas con bailarines o para los intercambios, pero que los trabajadores vivían allí. Él era el jefe de camareros y tenía un cuarto en el sótano. Me abrió la barra y me puso a fregar vasos y copas hasta poco antes de la hora del cierre. Entonces me dio una llave, me dijo cómo se iba a su cuarto y que me encerrara allí. Por lo visto, el dueño de aquel antro aparecía siempre por allí cinco minutos antes de cerrar, como un reloj.

- ¿Y...?

- Le gustaba controlarlo todo y probar la “mercancía nueva” o, al menos, eso me dijo aquel chico.
  
- ¿No preguntaste su nombre?
  
- No, no me dio tiempo. Todo fue muy rápido esa noche.
  
- ¡Cómo sois los gays! Os vais con cualquiera que tenga algo entre las piernas sin importar quien sea.
  
- No fue eso lo que pasó. – Enfadado por la generalización absurda de Arántzazu. –
  
- ¡Pues no le des tanto drama a la historia y termina de una buena vez!

El enfado de Iván aumentaba a cada mala palabra de Arántzazu, pero hacía de tripas corazón e intentaba ocultarlo para proseguir su relato de los hechos, tal y como él los vivió.

- Me quedé en calzoncillos y me metí en la cama; para cuando él llegó, ya estaba dormido. Había caído rendido por mi primera noche de trabajo. Sólo me desperté un momento cuando él se metió en la cama y me abrazó. Correspondí su abrazo y ahora tenía su pecho de almohada, escuchando el latido de su corazón.

Los ojos de Arántzazu parecían lava cristalizada, destilaban furia contenida y brillaban como los de una serpiente instantes antes de abalanzarse sobre su presa.

Irónica, espetó: - ¡Oh, qué romántico!

Iván decidió regodearse en los detalles; probablemente para fastidiar y enfurecer aún más a aquella mujer tan homófoba.

- Me acarició las cicatrices con la yema de los dedos, casi sin tocarme. Supongo que por miedo a que me dolieran. Susurró algo para comprobar si estaba despierto y como no entendí lo que dijo, tomé aire para poder suspirar un “qué” mientras disfrutaba del aroma de su cuerpo.

Con cada palabra de Iván, Arántzazu se iba pareciendo más y más a una olla a presión a punto de estallar. Aunque, sin saber muy bien el porqué, seguía conteniéndose.

- Deslizó una mano hasta dejarla reposar en mi cintura y con la otra comenzó a acariciarme el pelo mientras empezaba la conversación: - “¿Quién te ha hecho esto?”. Le resumí toda la verdad sobre mis padres y el modo en el que trataban de reconducirme hacia lo que ellos consideraban normal, como su dios manda.

Arántzazu aprovechó para bufar un “¡Qué suerte tienen algunos!” cuando escuchó la palabra “resumí”

de los labios de Iván. Esta vez no hubo interrupción que lo molestara suficientemente como para detenerse. El muchacho prosiguió su historia, cada vez más amanerado, hasta llegar al momento de su rapto.

- Seguíamos conversando en voz baja y abrazados cuando alguien intentó abrir la puerta. – “¡Mierda! Será el jefe. Seguro que alguien se ha ido de la lengua y le ha dicho que te he dejado quedarte aquí. ¡Rápido, vístete! ¡Tienes que salir de aquí! ¡Hay una ventana detrás de ese botellero, sal por ahí!” – Eso me susurró mi adorable desconocido, muy rápido y muy nervioso por si su jefe me pillaba allí. Supongo

que el tipo no era precisamente el mejor anfitrión del mundo. Le hice caso, pero antes de escapar, aproveché para darle un beso fugaz que nos ruborizó a los dos. No sé qué pasaría con aquel chico. Salí por la ventana que me indicó y traté de correr cuanto pude, pero alguien me agarró por detrás con mucha fuerza, me puso un trapo que olía como a lejía en la cara y cuando desperté ya estaba en la mansión.

- Hay miles de kilómetros entre España y esa isla. El efecto del cloroformo, si es que eso era lo que había en el trapo, no habría durado lo suficiente.

- Supongo que me mantendrían sedado el tiempo que les hiciera falta hasta llevarme allí.
  
- ¿Les? O sea que te despertaste y viste a más de una persona.
  
- No, no me desperté en ningún momento hasta estar en una suite de aquella fortaleza.
  
- Entonces, ¿cómo sabes que había más de uno?

- ¿Quién es ahora la ingenua? Usted misma ha dicho que hay miles de kilómetros entre España y la isla. ¿De verdad cree que una sola persona pudo organizar mi secuestro y ese viaje? ¿Y no sólo el mío, también el del resto de hombres que había allí? – inquirió acertadamente Iván. –

- No lo sé. Dímelo tú, para eso estás aquí. –  
Espetó Arántzazu perdiendo la paciencia y liberando presión de esa olla que parecía hace unos instantes. –

- ¡Eso hago! – A pesar de su amaneramiento, Iván se mostraba cada vez más seguro de sí mismo, como si supiera que ahora puede enfrentarse a Arántzazu sin ninguna consecuencia. Parece que situarse en la isla en este punto del relato le daba fuerzas, volver a sentirse rodeado de sus compañeros de encierro, y eso que al principio sospechaba de todos ellos, del primero al último.
  
- ¡Vale! ¿Qué paso en la isla? – Arántzazu ya no tenía ni un átomo de paciencia en todo su cuerpo. –

- Me desperté en una habitación grande y lujosa, aunque eso no fue lo primero lo que vi.
- ¿Y qué fue lo primero que viste, si puede saberse?

Justo antes de empezar a hablar, el rostro de Iván se llenó de felicidad y sus ojos se iluminaron de un verde claro radiante.

- A Simón, a treinta centímetros de mi cara. En cuanto abrí los ojos me sonrió y se apartó un poco, esperando a que dijera algo. Yo estaba

bastante asustado y tardé en reaccionar. Cuando pregunté quién era él y dónde estábamos, no le dio tiempo a responder, Tomás entraba por la puerta con una bandeja de desayuno, alegrándose de que yo hablara en castellano y de que estuviera bien.

- ¿Quieres ir al grano de una maldita vez? – exhortaba Arántzazu bastante airada. –
  
- ¿No era usted quien quería que se lo contara todo desde el principio una vez más? – Iván parecía estar vengándose del trato despectivo

que Arántzazu había tenido con él desde el principio. – Durante el primer día, Tomás y Simón estuvieron cuidándome en mi habitación como si tuviera la gripe y necesitara atenciones constantes. Estuvieron así hasta que el sol empezó a decaer y la luz que entraba por la ventana empezó a volverse azul. Entonces Simón subió con mi ropa recién lavada y planchada y me preguntó si necesitaba ayuda para prepararme para la cena en la que me presentarían a los demás.

- ¿Qué pasó en esa cena? – inquirió Arántzazu algo ansiosa. –
- Enseguida me di cuenta de que aquello era una mansión, aunque los demás le llamaran castillo o fortaleza. Los suelos de caoba; los muebles, pocos, pero antiquísimos y bien cuidados.
- ¡No me interesa la puta decoración!
- No me grite...o no pronunciaré ni una sola palabra más. – Espetó Iván con un aplomo y serenidad encomiables. –

Arántzazu masculló una disculpa inaudible y le hizo a Iván un gesto para que continuara.

- Cuando Simón y yo bajamos la escalera imperial, vimos a Tomás llevando una gran fuente de comida hacia una enorme mesa de ébano con un tapete blanco en el centro. Iba con prisa, supongo que se estaría quemando, aunque llevaba manoplas y un paño para sujetar la fuente. Al vernos, sólo dijo: - “¡Ah, qué bien que ya hayáis bajado! Sentaos, antes de que se enfríe.” Simón me indicó dónde sentarme y después él fue a ocupar su lugar al otro extremo de la mesa, junto a Tomás, que se dedicaba a servir a los demás antes de ocupar su lugar, presidiendo la mesa.

Iván clavaba su mirada en los ojos de una rabiosa, pero contenida Arántzazu. Disfrutaba cada sílaba que pronunciaba, a sabiendas de que ponía más y más nerviosa a su interlocutora. A pesar de dedicar un par de segundos a regodearse en su recién experimentado placer, prosiguió su relato de los hechos.

- Simón le preguntó, antes de sentarse, si quería que le ayudara y él respondió con un “no hace falta, gracias” lleno de complicidad. La cena era rica y abundante, pero yo estaba más ocupado en desconfiar de todo y de todos que en comer aquellas delicias. Estaba en una especie de

palacio, frente a una mesa de lujo decorada con velas rodeado por once hombres...

- Espera un momento. ¿Has dicho once? No tengo doce detenidos en mi lista. – Arántzazu comprobaba la veracidad de sus propias palabras hurgando en una carpeta de cartón repleta de papeles para, acto seguido, atropellarse en sus preguntas - ¿Quieres decir que ese es el tipo de la barca? ¿Cómo se llamaba? ¡Dime su nombre!
- Se llamaba Pierre, era un canadiense de la zona francófona y... – Iván tuvo que hacer una breve pausa para recuperar el aliento, a pesar de todo le había cogido cariño a Pierre – ...no era el cadáver de la barca.

- ¿¡Cómo!? ¿Quieres decir que ahora en vez de un asesinato tengo que investigar dos?
- No he dicho que muriera asesinado.
- Y entonces, ¿qué diablos pasó? – Arántzazu volvía a perder su fingida compostura gritando nuevamente a Iván. –
- Me dijeron que un accidente, yo no estaba presente cuando él murió y tampoco quisieron que viera el cadáver. Lo trajeron a la mansión envuelto en una sábana...– Iván comenzó a gimotear, dificultando la comprensión de sus palabras – y vi como algo sobresalía de su pecho levantando la sábana.

- Un cuchillo ¿tal vez? – Arántzazu, más calmada, parecía disfrutar viendo sufrir a Iván mientras relataba lo que él dedujo. –
  
- No, no faltaba ningún cuchillo. Tomás me pidió que fuera poniendo la mesa mientras él terminaba de cocinar y no faltaba ninguno. Él también se quedó muy afectado cuando lo trajeron a casa.
  
- ¿Quieres decir que él no fue uno de los que llevaron a ese tal Pierre al interior de la mansión?
  
- No, ya se lo he dicho. Estábamos juntos en la cocina. Lo trajeron Simón, Andreas, Tadeo y Matías. Thiago iba abriéndoles paso y las puertas. Bart venía detrás, muy afectado, él fue

quien lo tapó con la sábana. Felipe, Mateo y Jacobo acudieron después; al oír el jaleo.

- ¡Eso completa mi lista de nombres! – Arántzazu parecía muy satisfecha de que al fin le cuadrara algo en este galimatías de primer interrogatorio.

—

- ¿Sabe? En aquella primera cena trataron de hacerme creer que todos ellos habían llegado a la vez a la mansión de la isla, pero no era cierto. Sólo Andreas, que estaba sentado a mi lado, me susurró la verdad y me lo explicó todo aquella misma noche, en un paseo bajo la luna llena. Me enseñó el jardín, la fuente de los pajaritos, el reloj de luna... Yo no sé quién era el hombre de la

barca, ni quién mató a Pierre, pero lo más seguro es que Andreas tenga mucha más información que yo.

A Arántzazu se le erizaba la leonina melena cuando se nombraba al cadáver de la barca, y sus ojos refulgían como la mirada de Medusa, si es que alguien sobrevivió para describirla. No le gustaba que nadie le dijera cómo tenía que hacer su trabajo, y mucho menos un niño amanerado.

- Mi caso es el cadáver de la barca, no otro de los sospechosos.

- ¿Y no se le ha ocurrido pensar que tal vez, sólo tal vez, fueran asesinados por la misma persona?

Parece que la rabia contenida había calmado el llanto de Iván, que aún proseguía con su duelo por Pierre y mostrando más respeto por el desconocido de la barca que la propia Arántzazu, quien parecía más agobiada por la rutina de una investigación y encontrar rápido a un culpable, que por saber la verdad.

- Si tan claro tienes quién es el asesino, dame un nombre o tendré que pensar que fuiste tú. ¿De cuál de tus compañeros sospechas?

- De ninguno; pero si alguien quiere saber quién mató a Pierre y quizá al otro hombre, ese es Andreas.
  
- ¿Por qué? ¿Por qué estás tan empeinado en que hable con ese tal Andreas?
  
- Porque adoraba a Pierre, no como usted cree. Lo quería como a un hermano. Juró venganza. Si averigua quién mató a Pierre, lo matará con sus propias manos. Puede que así se ahorre la molestia de detenerlo y de tener que juzgarlo.

Algo se iluminó en la mirada de Arántzazu al escuchar las palabras finales de Iván. La sugerencia de encontrar

un culpable y que acabara muerto antes de un tedioso proceso judicial caló hondo en la desdeñosa Arántzazu.

- ¡Muy bien! Puede que te haga caso, pero antes voy a necesitar saber un poco más de ese Andreas, y de todos los demás también.
- ¿Qué quiere saber exactamente?
- Cómo reaccionaron a cada muerte.
- En la de Pierre, bueno, ya se lo he contado. Tomás y yo estábamos en la casa, y los demás tal y como le he explicado antes.

- ¿Podrías ser un poco más específico, por favor?

¡Ah, y resumiéndolo cuanto puedas!

Iván no podía creer tanta amabilidad de parte de su interlocutora, de hecho, le escamaba bastante. Aún así, estaba dispuesto a colaborar con tal de que aquel interrogatorio de pesadilla terminase de una vez por todas.

- Andreas es guapo, muy guapo y...

- Ahórrate ese tipo de detalles; no me interesa si te parecen guapos o feos, o si te los quieres tirar

– Arántzazu volvía a ser vulgar y soez. – Sólo sus reacciones.

- De acuerdo – concedió Iván de mala gana. – Andreas solía ser muy alegre y risueño, hasta cantaba bien mientras trabajaba. Estaba de buen humor incluso la madrugada que encontramos aquel tipo en la barca, hasta el momento en el que trajeron a Pierre muerto. De un segundo a otro, pasó de la preocupación y la pena a la rabia y las ansias de venganza, a una furia ciega jurando venganza sobre el cadáver del hombre que él llamaba su hermano.

- ¿Y los demás? ¿Cómo se comportaron los demás cuando se enteraron de la muerte de...? ¿Cómo has dicho que se llamaba?
- Pierre, le he dicho que se llamaba Pierre. ¿Usted no es muy buena en eso de escuchar a la gente cuando habla, verdad?
- ¡Calla y sigue hablando!
- ¡Vaya, menuda paradoja! Todos estaban bastante nerviosos y me enviaron a mi habitación. Como si fuera un niño pequeño que no debe estar presente en los asuntos de los mayores.
- Bueno, al fin y al cabo eres el más joven de todos. Tal vez fuera para protegerte..., incluso

de alguno de ellos si sabían quién era el asesino o asesinos.

- ¿Más de uno? No lo creo. Por lo menos ya no sospecha usted de mí.
  
- Ese es el lado positivo. Ahora, continúa.
  
- Simón entró llamando a gritos a Tomás y en cuanto llegamos al gran salón, sólo dijo: “Es Pierre” y me ordenó subir a mi cuarto en cuanto me echó la vista encima. Andreas era el que más afectado estaba, ya le he dicho que adoraba a Pierre. En cuanto lo dejaron sobre una alfombra, Thiago abrazó a Tadeo, que apenas reaccionaba, parecía un zombi.

- ¿Son pareja?
- No, lo que son es hermanos. Sólo de madre, por lo que pude averiguar unas semanas antes.
- ¿Y el otro que ayudaba a trasladar el cadáver?  
¿Cómo reaccionó?
- Si se refiere a Matías, estaba inmóvil, mirando fijamente a los demás, apretando los dientes, con la cara enrojecida. Supongo que por el esfuerzo, y también sudaba.
- ¿Crees que ocultaba algo?
- No lo sé, eso tendrá que averiguarlo usted.

- Bien, háblame de los que quedan. ¿Cómo reaccionaron?
  
- No crea que me dio tiempo a mucho más. Bart se acercó a Tomás y le dijo algo al oído, dijo algo que no pude oír pero que no gustó a Tomás porque le dijo en voz alta y enfadado: “¡Cállate, por Dios!” y acto seguido fue Bart quien me dijo, con voz dulce, que subiera a mi cuarto. De hecho, creo que era la segunda o tercera vez que oía su voz y, desde luego, la primera vez que decía algo en un tono tan cariñoso.
  
- ¿Qué dijo exactamente?
  
- “Vamos, cielo, sube a tu habitación. Te acompañaré, si quieres” Le respondí que no

hacía falta y Jacobo dijo que él me acompañaría.

Me puso la mano sobre el hombro y fuimos a las escaleras. Felipe y Mateo vigilaban, silenciosos, nuestros movimientos hasta asegurarse de que estábamos lo suficientemente alejados como para no poder escuchar su discusión a susurros.

- Ese tal Jacobo, ¿te dijo algo que merezca la pena saber? ¡No necesito más cursiladas de maricones!
- Al llegar a mi habitación, me abrazó con todas sus fuerzas, tan fuerte que tuve que decirle que apretaba demasiado. Aflojó un poco, me dio un beso en la frente y me dijo que él cuidaría de mí.
- ¿No te acabo de decir que no necesito oír más mariconadas cursis?

- No, usted ha dicho “cursiladas de maricones” y Jacobo es heterosexual.
- Si no es maricón ¿qué hacía en una isla llena de maricones?
- Supongo que lo mismo que yo; estar allí por capricho de alguien que parecía haberse olvidado de nosotros.
- Entonces quiero hablar con él inmediatamente.
- Estaba en la enfermería, no sé si podrá ser interrogado todavía. El que tiene muchas ganas de hablar con usted para averiguar quién mató a su Pierre es Andreas.
- Muy bien, pues que traigan a ese tal Andreas.

- ¿Es que no va a volver a preguntarme por el tipo de la barca?
- ¿Acaso vas a decirme algo nuevo?
- La verdad es que no. Ya le dije que no podía darle mucha información.
- Entonces, ¿para qué demonios preguntas?
- Será que al final me gusta charlar con usted.
- ¡No te pases! Todavía no te he descartado como sospechoso.

Iván comenzó a mirar al horizonte, por encima del hombro de Arántzazu, como si encontrara inspiración

en su reflejo, en la pared de espejo que había detrás de ella. Arántzazu se percató de este comportamiento sólo al final de la conversación, por lo que se dio la vuelta para averiguar qué miraba aquel crío amanerado que tan nerviosa la ponía. No vio nada raro, hasta que se volvió a girar hacia Iván. El chico estaba apoyado sobre sus manos, aún esposadas a la mesa, con los brazos y el cuello tan estirados que casi podía sentir su respiración cuando se giró hacia él. No pudo evitar la reacción de respingo ante la situación. El chaval, con la mirada fija, casi clavada en la de Arántzazu, y con una mueca burlona le dijo, con voz más grave de lo habitual:

- Estamos hechos un asco, señora. Si ya ha terminado con sus preguntas, me gustaría ir a asearme antes de volver al calabozo.
- Ya veremos – mientras se atusaba sus greñas leoninas – y en lo de estar hecho un asco, habla por ti – vociferando mientras Iván se alejaba esposado y custodiado por un agente. –
- ¡Vuelva a mirarse en el espejo, querida!

Arántzazu, malhumorada, se quedó en la sala de interrogatorios. Aún debía tomar unas notas sobre la declaración de Iván antes de continuar con los interrogatorios. Más que un caso común y corriente,

parecía un acertijo o un juego de rol en el que cada personaje desempeña un papel hasta que llegue el gran final. Es como una novela de misterio. Una isla incomunicada donde viven doce hombres en una fortaleza. Aparece un muerto en una barca y uno de ellos es asesinado. ¡Esa es otra! Antes tenía un caso y ahora, dos. En realidad, no se puede decir que haya avanzado nada en ninguno de ellos. Lo único que ha conseguido es que ese crío maricón la saque de sus casillas. ¡A ver si hay más suerte con el siguiente!